

# EL ECONOMISTA,

REVISTA DE ADMINISTRACION, ECONOMIA POLITICA Y JURISPRUDENCIA.

## NECESIDAD DE QUE EL CARGO

DE DIPUTADO SEA RETRIBUIDO.

Si entre esa nube de candidatos á la diputación, que con su programa en la mano se han presentado á nuestro cándido pueblo ofreciéndole, á trueque de sus sufragios, trabajar sin tregua ni descanso en la difícil obra de su bienestar, no hubo uno siquiera que le dijese: «en retribucion de mi trabajo asídulo, para promover tus intereses, vigilar por su conservacion, aclarar tus derechos, abogar por ellos, y defenderlos de todo ataque ostensible ó encubierto, me darás tanto; cantidad que considero necesaria para atender á las necesidades de mi familia y personales mias, y para presentarme en el seno del Parlamento y á presencia del público, con el decoro correspondiente á un primer magistrado de la nacion española y digno delegado tuyo.» Si no ha habido uno solo, repetimos, que haya hecho esta confesion singular y extraordinaria, no creemos nosotros ni nadie creerá tampoco, que consista en que todos sean unos Cresos en riqueza ó unos espíritus seráficos en abnegacion. No: la esperiencia, amarga siempre para las ilusiones de los cándidos, ha probado constantemente que en los parlamentos de las *capacidades pecuniarias* lograron siempre ingerirse muchas sin camisa, introducidas de cien veces noventa y nueve por el mismo encargado de la ejecucion de la ley, por el *gobierno*; y que aun las mas ricas y jactanciosas de su independencia mordieron el anzuelo de una embajada, de un asiento en el Consejo Real, etc., cuando un ministro hábil en su oficio lanzaba su caña para pescar votos en los mares de nuestros parlamentos *de amor*.

No. El mundo no rueda por la abnegacion, es el interés quien le mueve; y cuando este es legítimo, en vez de esos desdenes y melindres con que aparentan despreciarle los santones de la política, cuyo generoso desprendimiento nos cuesta 1,500 millones cada año, que dan por

producto próximo cero, y una revolucion sangrienta al fin de la década: en vez de ese fingido desprecio, volvemos á decir, merece el mas alto respeto y la mas elevada consideracion.

Mal que les pese á muchos, si el amor del Petrarca murió puro, débese á que Laura, la bella Laura, estaba verde para él; á que el destino la colocó mas alta que los alcances del tiernísimo poeta; y si así no hubiera sido, hay mas de una razon para creer que el asunto hubiera terminado como todos los de su especie.

Dios, en fin, es adorado con toda la efusion de los espíritus puros, por los santos, ángeles y serafines que pueblan el espacio indefinido de los cielos. No lleveis á la morada de la divinidad las penas y horrores del infierno; trasladad solo á este las delicias de la bienaventuranza, y Dios quedará al momento sin su córte celestial. El diablo será adorado; y el que dijere que no, ó es un pícaro ejemplar ó todo un bienaventurado.

Y no negamos nosotros la abnegacion, la existencia de los actos desinteresados. En Dios existe pura, y de Dios desciende á nosotros en momentos solemnes, en circunstancias estra-normales.

Cuando las barbaridades de la guerra atormentan á todo un pueblo; cuando la peste le azota, ó le tortura el hambre, todas las voluntades se funden en una sola para prestarse mutuos auxilios, para atacar al enemigo común, para implorar contra este la poderosa proteccion del cielo. En esos terribles momentos de prueba, el móvil del interés personal es un caso de escepcion, como lo es la abnegacion en circunstancias normales. Pero una vez vueltas las cosas á su curso ordinario, una vez la miseria y la desgracia, madres del comunismo, desterradas de la sociedad, la abnegacion deja su puesto al interés, que es el elemento conservador de la sociedad en los tiempos comunes, como lo es la abnegacion en los tiempos críticos.

En la vida ordinaria, la contemplacion de una desgracia, sobre todo cuando es inmerecida, de la virtud vilipendiada, del mérito desatendido,

nos impulsan á todos á tender una mano generosa al que es víctima de la injusticia de los hombres, ó de los misterios de la fatalidad; pero estos momentos en nuestra vida son tambien excepcionales. Lo constante es que cada uno haga por sí y para sí cuanto pueda sin pensar en los demas, quizá porque crea que cada cual hace lo mismo. ¿Y es esto pensar desacertadamente?— Nosotros creemos que no, y apelamos á la conciencia de los discretos.

Esto supuesto, ¿qué debemos pensar de la generalidad de unos diputados que ni son retribuidos ni exigen retribucion? ¿Que ni la quieren ni la necesitan?— Lo primero es increíble. Lo segundo, respecto de muchos, es evidentemente falso.

Lo que debemos creer, lo que todo el mundo cree, lo que está en la conciencia aun de los mas torpes, es que mas de uno, aunque lo calle, aunque lo oculte en el último rincón de su pensamiento, cuenta con acordarse á sí propio la mejor retribucion posible, en cierta ocasion que juzga próxima.

Mal es este que exige un remedio heróico. La historia de sus estragos es la historia de todas las apostasías políticas, de todas las arbitrariedades ministeriales, de todas las concusiones, de todas las depredaciones administrativas, y de todo el descrédito que la corrupcion de sus agentes ha derramado sobre el sistema parlamentario.

¿Y qué remedio contra mal tan grande?

Dos remedios:

Que el diputado sea siempre diputado, y no pueda pasar nunca á ser funcionario público, y mucho menos funcionario ministro.

Que el diputado sea retribuido decorosamente por sus poderdantes.

En cuanto á lo primero, la opinion general, creemos que esté de nuestra parte. La particular de las altas capacidades políticas, y algunas tambien de baja estofa, aunque en vanidad y ambiciosas esperanzas riquísimas, no querrán incompatibilidades tan absolutas. Querrán que los diputados puedan ser ministros y altos funcionarios políticos, cuando menos. Una sola razon, mejor dicho, un solo sofisma se pretesta para sostener esta limitacion, cuyo combate nos vedamos porque la ley nos prohíbe la discusion política; pero esto no obstante, nos permitiremos decir, que vedar el ministerio á las altas capacidades parlamentarias, es el único medio de

evitar los escándalos que desprestigian el cuerpo legislativo, de hacer que el Parlamento gobierne, que los ministros no legislen y de que el poder ejecutivo, entrando en su esfera inferior y subordinada á la del legislativo, se limite á su sola mision de administrar, de ejecutar y de hacer que se ejecute lo que disponen las leyes.

*Que los diputados sean decorosamente retribuidos durante todo el tiempo de su diputacion.*

La objecion mas seria que se puede hacer á esta proposicion, es la grave carga con que aumentará las que está sufriendo ya el agobiado Tesoro.

Desde luego pudiera responderse á esta objecion que repartiendo entre el poder legislativo y el ejecutivo lo consignado en el presupuesto de la nacion para solo este último, ambos quedarían decentemente dotados, sin dificultades para el Tesoro, sin agravar su situacion en un solo maravedí. Veinte millones bastarian para dotar ambas cámaras, supuesto que la futura constitucion, como es de suponer y de desear, admita dos, y con los veinte restantes nada echaria de menos la corona.

Peró aun prescindiendo de este precioso recurso, y aumentando el capítulo *dotacion de los cuerpos colegisladores* del presupuesto de gastos con veinte millones mas, este nuevo gasto, en vez de ser un gravámen para los pueblos, seria por el contrario altamente beneficioso y eminentemente reproductivo.

En efecto, si esta medida por sí sola no bastase á concluir con nuestras revoluciones, agrandaria por lo menos extraordinariamente nuestros periodos revolucionarios. Con que estos llegasen á ser de 20 años como ahora son de diez, la nacion ganaria un ciento cincuenta por ciento cuando menos. Cada glorioso pronunciamiento, valuado por lo bajo, cuesta á los pobres pueblos por encima de 1,000 millones. Divididos por 10 años, al cabo de los cuales se verifica actualmente una revolucion, les toca á cada uno 100 millones; divididos los mismos 1,000 por 20, periodo posterior supuesto, á cada uno les tocaria solo 50. Así un gasto anual de 20 millones habria producido una economia de 50, la nacion ganaria con él un ciento cincuenta por ciento.

Por otra parte, la facilidad con que los ministros esclavizan nuestros parlamentos gratuitos, la seguridad que tienen de domesticar, por medios conocidos de todos, aun las voluntades mas

salvajes, es la causa principal, por no decir la única, de todas las inmoralidades, de todas las depredaciones; de que cada cuatro años, á lo mas, resulte un desfaldo en el Tesoro público de 500 millones, sin que los pueblos dejen de pagar un solo maravedí de lo consignado en el presupuesto. Este mal, el mayor de todos los que sufre la nación á causa de su mal gobierno, y levadura de todas las revoluciones, encontraria su correctivo, aun prescindiendo de una ley de incompatibilidades severa, en la remuneracion de los importantísimos servicios parlamentarios. En efecto: ¿quién pudiera ser tan desalmado y corrompido que por una diferencia insignificante ó nula en el tanto, fuese á vender al poder ejecutivo la causa popular, los derechos de la razon, de la justicia y de la conveniencia pública? Nosotros no lo sabemos. Nosotros no conocemos, en medio de tanta inmoralidad como se ha derramado en las esferas del poder público, hombres capaces de tamaña felonía. No sospechamos de uno solo que fuese capaz de preferir una embajada infamante á un asiento ocupado con honra en la legislatura nacional. La diputacion seria entonces la magistratura mas honrosa, mas respetable y mas ambicionada. No habria en todas las regiones del poder posicion mas noble y elevada para la probidad, la sabiduría y el patriotismo, que la de sentarse en los escaños del Congreso y dirigir desde allí los destinos de la patria.

Así lo creemos; como abrigamos tambien el íntimo convencimiento de que si las Constituyentes disponen otra cosa, que los diputados, como hasta aquí, no sean retribuidos por sus importantes y trascendentes funciones, la diputacion sera lo que fué siempre, un *negocio*, y el Parlamento el horrible cómplice de las atrocidades ministeriales.

ANTONIO HERNANDEZ AMORES.

## DE LA SOLIDARIDAD

### PROPOSITO DE LA ACUSACION DE INDIVIDUALISMO,

hecha á la Economía política (1).

(CONCLUSION.)

No es cierto, por otra parte, y á establecerlo es á lo que consagrare la segunda parte de esta

(1) Discurso de apertura del curso de Economía política, en el colegio de Francia.

lección, no es cierto que la fraternidad sea la única forma de la solidaridad humana. Sin duda es una de sus mas nobles aplicaciones. La fraternidad es la que inspira la mas bella de las virtudes, el sacrificio, del cual hace una virtud divina. Al mismo tiempo que es la virtud mas generosa y el sentimiento mas delicioso, es tambien, y tenemos razon de estar orgullosos por ello, una de las creencias mas santas de los pueblos modernos. Ella no era mas que un grito hace dos mil años, un grito salido de la conciencia humana, voto sublime, pero estéril, del pensamiento filosófico, en la boca de aquel anciano que fué el primero que pronunció estas palabras admirables: *Charitas humani generis*. Despues de haber tenido en el Calvario su apoteosis, y propagado con el Evangelio, ha llegado á ser el dogma de las generaciones nuevas. Es necesario, pues, no solo reconocerla, sino penetrarse de ella mas y mas. Esto puede hacerse, gracias al cielo, sin atentar á la justicia y sin creer que ella sea la sola manifestacion de la solidaridad en el mundo. Para demostrar el papel que esta gran idea de la solidaridad hace en economía política, solamente me fijaré en algunos de los principales hechos sobre los que esta ciencia reposa, limitándome á un análisis muy rápido, aunque sea muy incompleto; pero el tiempo lo exige así.

El primero de estos hechos, sin el cual no existiria la economía política, es el cambio.

En presencia de tal hecho, me cuesta trabajo comprender el cargo que se le hace. Seguramente si alguna cosa aproxima á los hombres, es el cambio. Bajo las diferentes formas que toma, es el único lazo de la sociedad; es uno de los principales, especialmente bajo su forma industrial. El cambio es el atributo distintivo de la sociabilidad; y un hecho humano por esencia. Sin violentar el lenguaje, se puede decir que el castor y la abeja trabajan, hasta se puede decir que la hormiga capitaliza, pero no que cambian. El cambio es, pues, la sociabilidad en acción, la solidaridad visible y palpable, cotidiana como la necesidad, y familiar como el hábito. Una ciencia que parte del cambio no tiene necesidad de publicar la solidaridad como un principio: en él tiene su raiz.

Hacer los cambios numerosos, fáciles, puros de fraude, es el objeto de la economía política; si esta ciencia tiene un objeto práctico, esto es lo que se propuso desde su origen. Pidiendo la liber-

tad de la producción, pide, como una consecuencia necesaria, la libertad de comercio; pues la producción, que no se verifica ella misma sino con la ayuda de una serie de cambios, no podrá ser libre cuando el cambio esté esclavizado. La libertad de comercio es la expresión económica de la solidaridad. Verdaderamente se admira uno al ver tratar á los padres de la ciencia económica como hombres poco dispuestos en pró de la solidaridad humana, y que no han pensado más que en el interés de una sola clase ó de una sola nación. Reclamar la destrucción de los monopolios es, á nuestro entender, trabajar en el sentido de la sociabilidad, tanto como en provecho de la libertad del individuo. Hacer caer las barreras, es aproximar á los hombres. Abolir las servidumbres, es aligerar las cargas de los pobres. Pedir la libertad de las transacciones entre los reinos como entre las provincias, no es ciertamente obedecer á las estrañas inspiraciones de un patriotismo receloso.

De la misma manera, señores; por lo mismo que resulta del derecho individual de propiedad, el cambio es una manifestación tan magnífica como es vulgar el noble y bienhechor principio de la solidaridad humana. No se le puede restringir sin que no se resienta la solidaridad; desarrollarle sin que ella no se desarrolle. No es menos evidente que cuanto más libres sean las partes contratantes para discutir las condiciones, tanto más presidirá en ellas la justicia, que cuanto más se opere, en otros términos, bajo el fundamento de una reciprocidad completa, tanto más tenderá á multiplicarse; lo que viene á decir que estas ideas, que se acostumbra á oponer entre ellas, libertad, justicia, responsabilidad, personalidad, derecho individual, y por otro lado, sociabilidad y dominio común, son ideas que marchan en perfecta consonancia, que se fortifican y se desarrollan las unas por las otras. Todos los sentimientos que dividen las rivalidades en las profesiones, la dureza de ciertas clases, la envidia en otras, son otras tantas causas que ponen obstáculos al reinado de la verdadera fraternidad, poniendo trabas al desarrollo de los cambios; pues cambiar es una manera de conocerse y de dejar de aborrecerse, haciéndose mutuos servicios, tanto para las naciones como para los individuos. Combatiendo la *balanza del comercio*, este viejo ídolo que encuentra aun adoradores, la economía política, demuestra hasta el más

alto grado cuánto le interesa la solidaridad. Ella demuestra que, en el comercio de pueblo á pueblo, no hay siempre, como se dice, uno que gane y otro que pierda; que la balanza en numérico no es más que una quimera; que querer vender sin comprar es una pretensión absurda; que cuanto más produce un pueblo, más cosas útiles puede suministrar al bienestar de los otros países, asegurando también á sus producciones una salida abundante; que el cambio redundará, ahora como siempre, cuando la fuerza no interviene para torcer su equivalencia, en provecho común de las dos partes; que la importación, expresando la cantidad de los géneros consumidos por todo un pueblo, es, aun mejor que la exportación, el termómetro exacto de su riqueza y de su bienestar; en fin, que, por consecuencia, todas las naciones, en vez de tratar de arruinarse recíprocamente, están las unas inmediatamente interesadas en la prosperidad de las otras. ¿No es esto, si ha existido alguna vez, la solidaridad práctica?

Así, señores, en la imposibilidad de negar una cosa tan evidente, se prefiere morir en una contradicción. Se decía hace poco: «La economía política tiende á aislar á los hombres, confina á cada uno en su yo solitario.» Ahora se dice: «Ella tiende á unir demasiado los pueblos.» De manera que ella sería á la vez individualista y cosmopolita, egoísta y humanitaria: procúrese conciliar, si es posible, aseveraciones tan contradictorias.

Hemos hablado del *cambio*; digamos una palabra del *capital*.

Se admiran aun muchas personas de oír afirmar que el capital es un poder eminentemente favorable á la sociabilidad, esencialmente popular, y he dicho casi democrático. Probémoslo.

Todos sabéis que los metales preciosos no forman más que una parte relativamente poco considerable del capital de una nación. Se formaría pues de él una idea muy incompleta y muy inexacta, representándole bajo la forma de un montón de monedas ó de un saco de escudos; comprende otra cosa, abarca el fondo total con que vivimos, abraza todas las materias sobre las que opera la industria, y todos los instrumentos de que usa; se compone de todos los objetos en estado de fabricación ó de venta, de todos los útiles y de todas las máquinas, de todas las vías de comunicación, de todos los procedimientos y de todos los descubrimientos útiles; en una palabra, de to-

do lo que, bajo cualquier título, nace del trabajo pasado para ayudar al trabajo futuro y alimentar el consumo general. ¿Habré de deciros que, bajo forma de materias primeras y de productos consumibles, el desarrollo del capital interesa á toda la sociedad, y en particular á esta poblacion necesitada que viene á pedirle el trabajo y el salario? En forma de máquinas, el papel del capital ha sido el objeto de los mas persistentes y mas especiosos ataques. Se ha creído que estos maravillosos procedimientos, viniendo á sustituir al esfuerzo directo del hombre el poder casi incalculable de los agentes naturales, tenia por objeto arrojar al trabajo del lugar que ocupaba, y de arrebatar al trabajador, desheredado de este modo, un salario indispensable. Muchos se autorizaban contra la introduccion de estos aparatos con un hecho desgraciadamente muy cierto, pero que oculta bajo un mal parcial y pasajero una ventaja universal y permanente. No se veia que la máquina creada y puesta en obra por el interés personal del inventor y del capitalista iba á tener, de allí á poco, las consecuencias mas bienhechoras para las masas y casi siempre para aquellos mismos á quienes no habia parecido al principio sino un competidor preferido y un enemigo terrible. No se veia que esta ventaja buscada por el fabricante, la economía en los gastos de produccion, llegaria á redundar en provecho de los consumidores; es decir, de todo el mundo. No se veia que este ahorro mismo, realizado por el productor, sea que emplease este ahorro en su consumo personal, sea que lo colocase en alguna negociacion fructuosa, se empleaba necesariamente en suscitar trabajo. No se veia que la baratura del producto debia ponerlo á disposicion de una multitud de personas, que no soñaban aun en poseer objetos considerados como de lujo, aun para los poderosos y ricos. No se veia que esta subida en la demanda, exigiendo un aumento correspondiente en la produccion, obligaba á llamar, no solamente á los obreros despedidos, sino tambien á un enjambre de trabajadores. En fin, no se veia que el trabajo no puede quedar disponible, ni aumentarse el poder del capital, sin que se apresuren á acometer otros obstáculos; á abrir nuevas fuentes de riqueza para la creacion de nuevas industrias, y á dar á nuestras necesidades desarrolladas mayores satisfacciones. Y esta larga enumeracion no agota aun todos los servicios prestados por esta forma

del capital, no ya á ciertos productores egoistas, sino á esa poblacion inmensa sobre la que particularmente pesan hoy los males presentes. Esta le debe la manumision lenta y gradualmente, pero continua, de su trabajo mas material y que mas embrutece, desde el dia, que es imposible señalar, en que un pobre niño de los bosques armó su debilidad de una flecha ó de un palo arrancado al árbol vecino, hasta el dia aun reciente en que el genio de un Watt y de un Papin vino á dar á la industria moderna las alas del vapor. Si grandes masas de hombres no se van á través de los montes, escarvando la tierra para descubrir los minerales, si no se les ve dar vueltas á la rueda de un molino para moler el trigo que ha de alimentar al señor y su familia, que bendigan el poder de la mecánica, á ella deben poder levantar la cabeza y llamarse hombres libres.

La multiplicacion de los capitales ha tenido todavía otros efectos en un sentido igualmente conforme á la solidaridad humana. No se trabaja mas que con capitales, y cuando los capitales son raros se ponen á un alto precio; fenómeno tan natural y de tal modo inevitable, que el austero Caton pudo, se dice, prestar á un 48 por 100, sin hacer recaer sobre su virtud el mal nombre de usurero. El trabajo está pues interesado en la abundancia de los capitales. La abundancia de los capitales es el interés que baja; el interés que baja, es la condicion de los trabajadores que sube. El interés que baja ha podido compararse por Turgot á la mar que se retira, abandonando á la cultura las playas que su lodo ha fecundado. El antagonismo que se ha imaginado entre las utilidades y los salarios, no es menos quimérico. Si aparece por un instante, no tarda en desaparecer, para dar lugar á la armonía de los intereses. La utilidad y los salarios pueden elevarse á un mismo tiempo de un modo absoluto. ¿Qué importa entonces que la utilidad sea mas elevada relativamente, si no usurpa los derechos de los trabajadores? En el hecho, como consecuencia del acrecentamiento mismo de los capitales, la parte del capital y la del trabajo, aumentan una y otra, y en cuanto á la proporcion redundante cada vez mas en favor del trabajador; admirable tendencia cuya término estamos muy lejos de entreveer, ó mas bien, que es imposible determinar.

Quizá pudiéramos detenernos en las consideraciones precedentes. Sin embargo, al omitir